



Universidad de
los Andes

Palabras del Rector José Antonio Guzmán

Santiago, 21 de enero de 2014

Próximo a celebrarse el vigésimo quinto aniversario de nuestra Universidad, la Junta Directiva me ha encargado el inmenso honor de conducirla durante el lustro que viene. Acepto este nombramiento con humildad, confiado, por una parte, en el buen juicio de quienes han participado en esta designación y, por otra, contando con la seguridad de que tendré la colaboración entusiasta de todos quienes trabajan en esta casa de estudios.

Gracias a Dios, la Universidad de los Andes cuenta con un estilo de gobierno colegiado, en el que las ideas personales se subordinan al proyecto común. Los rectores que me han precedido han gobernado siempre conforme a esta idea fundacional y yo también trataré de ser fiel a este modo de trabajar, que tantos frutos ha rendido en este primer cuarto de siglo.

En este sentido, mi director de tesis me dijo una vez en forma casi profética, “José Antonio, no te preocupes que para ser rector de una universidad, lo único que se necesita es ser el hombre más alto de la reunión y tener abundante pelo”. Nunca me quedó del todo claro qué me quería decir, pero en este caso ciertamente se cumple.

Dicho esto, mis primeras palabras quisieran ser de agradecimiento al Profesor Orlando Poblete por haber dirigido la Universidad con sabiduría y mano segura durante estos diez años pasados. Junto a él quisiera también dar las gracias a Jaime Arancibia y a María Angélica Mir por su brillante trabajo como Vicerrector Académico y Vicerrectora de Relaciones Institucionales, respectivamente. Me tomaría largo rato reseñar con justicia todo lo hecho durante el rectorado del Profesor Poblete, que ahora termina.

Sin embargo, no puedo dejar de hacer un resumen de los principales hitos de los años pasados. En primer lugar, quisiera destacar la primera acreditación institucional, la que, por una parte, constituyó una prueba de fuego del valor de este proyecto universitario, y por otra, ayudó mucho a desarrollar un

sistema de gobierno que fuera adecuado para el crecimiento institucional de los años que vendrían. Aunque muchos veamos con cierta nostalgia los años en que la Universidad era una pequeña familia, la verdad es que la institución necesitaba un esqueleto administrativo sólido para soportar la musculatura académica que se estaba desarrollando.

En segundo lugar, quisiera mencionar el gran desarrollo que ha experimentado la investigación en los años pasados. Ha habido un salto importante en la productividad científica de nuestros profesores y también han comenzado a aparecer promisorios frutos de investigación aplicada, especialmente en el ámbito de la biomedicina. En los años fundacionales se puso énfasis en lograr una docencia de calidad, pero hacía falta que la Universidad avanzara en su capacidad de crear el conocimiento y la innovación que nuestro país necesita. Ciertamente queda mucho camino por recorrer, pero ya despuntan logros importantes.

He dejado para un tercer lugar en esta enumeración la impresionante mejora en la infraestructura de la Universidad en estos diez últimos años: los edificios de la escuela de negocios, el Reloj, los laboratorios de Ingeniería y Ciencias Biomédicas y, sobre todo, la Clínica. Aunque los edificios puedan parecer secundarios en un proyecto universitario, son, sin embargo, fundamentales para crear y alimentar el clima en el que florecen la investigación y la docencia.

La Clínica requiere mención aparte, porque por fin se ha hecho realidad un sueño de los primerísimos tiempos. Para usar una metáfora que hizo fama años atrás, la Clínica es una secuoya que se plantó hace más de 20 años, y que pronto tendrá un follaje frondoso bajo cuya sombra se cobijarán nuestros estudiantes y millares de pacientes. El Rector Poblete ha sido un magnífico impulsor de este sueño hoy hecho realidad. Uso la palabra magnífico muy a propósito (en el sentido de magnificencia), porque nuestro antiguo Rector ha empujado durante años esta empresa que parecía inalcanzable, con gran tenacidad, celo y optimismo.

San Josemaría solía decir que “da mucha alegría plantar árboles a cuya sombra se cobijarán los que vengan detrás”¹, palabras que en este caso se aplican literalmente.

Quisiera ahora dirigir mi mirada a los desafíos que debemos enfrentar en los años que vienen.

Entre éstos, siempre ocupará el primer lugar la calidad de nuestra docencia, porque nos debemos a nuestros alumnos; ellos son la primera razón de nuestra existencia y nuestro fruto más importante. Nos hemos puesto metas ambiciosas en cuanto a la contratación de profesores con jornada, pero eso —siendo muy importante— no basta.

Es necesario que cada profesor se convenza de que los estudiantes son de verdad lo primero, y que esa convicción le lleve a poner su mejor esfuerzo en preparar y dar sus clases. Esa mentalidad de poner al alumno al centro llevará a los profesores a preguntarse una y otra vez si sus estudiantes aprenden y cómo pueden aprender más. Sería una pena si un profesor de esta Universidad dijera “yo ya no estoy para el pregrado”. Quizá es un síntoma de que ya debe jubilar.

La docencia de calidad es la tarea más importante de decanos y directores de escuelas e institutos. En los años pasados, la Rectoría ha insistido en la importancia de probar nuevos enfoques metodológicos y en adelante se seguirá avanzando en esa misma línea.

Pero no hay universidad si, junto a la docencia, no hay investigación de primer nivel. El sistema universitario chileno ha avanzado mucho en los últimos 30 años —tanto en calidad como en cantidad de investigación— y, felizmente, la Universidad de los Andes se ha incorporado a esta tendencia nacional.

¹ Memoria del Beato Josemaría Escrivá, Javier Echevarría y Salvador Bernal. P. 163.



Como antes se ha dicho, el número de publicaciones y proyectos de investigación llevados a cabo por nuestros profesores ha crecido rápidamente en los años recientes. Sin embargo, es mucho lo que se puede hacer todavía en esta materia. La Universidad ha ido subiendo poco a poco los requerimientos de capacidad de investigación de los profesores que contrata, con el fin de poder seguir mejorando estos resultados. A su vez, hemos puesto una gran esperanza en el plan de trabajo de los profesores, como herramienta que contribuirá a seguir avanzando en esta dirección.

Como se puede suponer, el gran obstáculo a un avance todavía mayor es la falta de recursos disponibles para este fin. Aunque el acceso a fondos públicos por parte de esta Universidad se ha incrementado significativamente, crear equipos de investigadores competitivos toma tiempo y cuesta dinero. Es necesario que la Universidad sea estratégica en el empleo de los recursos que tiene disponibles para este fin. Lamentablemente no se puede hacer todo lo que se quisiera y, en esta materia, la calidad es más importante que la cantidad. Muchas veces menos es más.

Los dos desafíos recién señalados se fundan sobre la calidad profesional y personal de nuestros profesores. Por este motivo, preocupación central de nuestros decanos y directores de escuelas e institutos es dar a sus profesores todo el apoyo posible para que lleven a cabo su tarea. Ese apoyo se traducirá en la creación de un clima académico estimulante, en una alta exigencia, en el reconocimiento al buen desempeño, y en solucionar —en la medida de lo posible— las necesidades materiales propias del trabajo académico. Los profesores, por su parte, deben respetar y valorar el liderazgo de sus decanos, sumándose con responsabilidad y entusiasmo a las líneas de gobierno establecidas por ellos. Como podría perfectamente decir el profesor Brown, aunque sean muy importantes los músicos, la tarea del director de orquesta es fundamental.

Hace ya muchos años, la Universidad creó un fondo patrimonial destinado a becar estudiantes que —teniendo los méritos y capacidades— no pudieran pagar los costos de estudiar aquí. Gracias a la ayuda de ese fondo y a otras



estrategias puestas en marcha, el número de alumnos provenientes de colegios públicos y de sectores más vulnerables ha ido aumentando a buen ritmo en los últimos años. Es muy necesario seguir avanzando en esa dirección, que ciertamente enriquece a la Universidad. Sabemos que hacer posible este sueño, requiere mucho más que dinero para becas. Junto con la ayuda financiera se necesita una estructura de apoyo que supla posibles deficiencias académicas que traigan esos estudiantes y que facilite su integración con el resto de los alumnos.

Parece cada vez más necesario que la Universidad de los Andes aumente su relación con universidades de otros países. Aunque pueda parecer un tópico a estas alturas, la globalización es una realidad de la que la Universidad no puede estar ausente. Esta globalización del sistema universitario plantea amenazas, pero también oportunidades. En relación a la tarea docente, hemos visto en el último tiempo cómo universidades de otros países han comenzado a interesarse en los estudiantes chilenos, fenómeno que seguirá creciendo en los años que vienen. A esto se suma que la irrupción de las nuevas tecnologías hace hoy posible la educación sin fronteras. Es necesario tener una estrategia institucional frente a este fenómeno y ver el modo de transformar esta amenaza en una fortaleza.

Por otra parte, la experiencia internacional de nuestros estudiantes ha dejado de ser un lujo y ha pasado a ser una necesidad, que debe ser satisfecha de alguna forma. En cuanto a la investigación, no hace falta argumentar en favor de la conveniencia de trabajar en estrecho contacto con colegas de otros países. Aunque esta apertura ha sido una realidad desde el primer día, todavía se pueden hacer más esfuerzos de investigación y en colaboración con universidades extranjeras. La incorporación a redes internacionales académicas debería ser una prioridad para nuestros profesores.

La Clínica es quizá el más visible de nuestros desafíos. Es, como decía, un sueño hecho realidad, pero este sueño ha implicado un tremendo esfuerzo organizacional y financiero, que está lejos de concluir. Con ella, la



Universidad duplicará su presupuesto, su personal y sus metros cuadrados construidos. Aunque se ha trabajado duramente durante muchos años para que el proyecto sea exitoso, todavía queda mucho trecho por recorrer para que llegue ser una realidad consolidada. Es importante que sintamos la Clínica como tarea de todos porque necesita de verdad nuestro compromiso. En pocos años más será, si Dios quiere, un pilar de esta universidad al servicio de miles de pacientes y de nuestras facultades del área de la salud.

Antes se han mencionado los cambios en la estructura organizacional, fruto del crecimiento en tamaño y complejidad de la Universidad. Estos cambios, ciertamente, producen tensiones, porque implican el establecimiento de nuevos estándares y de nuevos requerimientos a las unidades académicas, que antes no existían. Para aliviar estas tensiones, es necesario, por una parte, que las facultades y escuelas comprendan la necesidad de estas medidas de gobierno en un sistema complejo como el nuestro, y, por otra, que las unidades de apoyo se esfuercen en entender cada día mejor el modo de razonar de las unidades académicas, a las que tienen que servir. En la Universidad de los Andes siempre nos hemos esforzado por conjugar eficiencia y cordialidad, exigencia y espíritu de servicio.

Este último punto ofrece una buena transición para la última parte de este discurso. Junto con tratar de los logros de los años pasados y los desafíos para los años que vienen, quisiera esbozar brevemente algunas ideas propias de nuestra identidad, de aquello que permanece intacto a través de los años. Los logros pasados y los desafíos futuros sólo se pueden comprender y afrontar cuando se miran bajo el prisma de la misión, de aquello que nos hace ser lo que somos, de aquello que da sentido a nuestra institución. Es bueno preguntarse, una vez más en esta ocasión ¿Cuál es el corazón de nuestro proyecto académico? ¿Qué queremos aportar a la sociedad? ¿Qué nos debería quitar el sueño? En otras palabras, ¿Tenemos un claro sentido de misión? ¿Tenemos claro qué necesita Chile y qué puede esperar de nosotros?

Si se lee atentamente nuestra misión, se pueden descubrir tres ejes centrales.

El primero tiene que ver con nuestra aproximación al conocimiento, que es el objeto central de todo quehacer universitario. Declaramos en nuestra misión que nos interesan todos los ámbitos del saber —las ciencias, las humanidades y las artes; cultivamos el conocimiento a través de un diálogo abierto y respetuoso con alumnos y colegas; y asumimos que existe armonía entre la fe católica que inspira esta universidad y la ciencia que se alcanza en nuestras bibliotecas y laboratorios.

A la luz de estas ideas, conviene que examinemos con profundidad ¿Cómo estamos cultivando el diálogo científico? ¿Cuál es la relación intelectual entre nuestros académicos, tanto al interior de las facultades como con profesores de otras facultades y universidades? ¿Cuántos proyectos de investigación interdisciplinaria se están llevando a cabo? ¿Cómo participan nuestros profesores en el debate de las grandes ideas que configuran nuestra sociedad? ¿Cuál es la calidad científica y pedagógica de los cursos filosóficos y teológicos que se imparten en nuestros programas? Con frecuencia, los profesores universitarios preferimos trabajar en solitario, pero es necesario que nos sobrepongamos a esa tendencia natural si queremos alcanzar una mayor eficacia e impacto.

El segundo eje es el formativo. Declaramos en nuestra misión que buscamos la formación integral de nuestros estudiantes; que queremos formarlos uno a uno, con dedicación personal a esa tarea; y que quisiéramos fomentar un modo de vida coherente con el ideal propuesto por Jesucristo. La Universidad tiene que preguntarse si está alcanzando este nivel de apoyo a sus alumnos.

Esta meta requiere que destinemos tiempo efectivo a nuestros estudiantes, con disponibilidad para atender consultas y para ofrecer asesoramiento académico. Este trabajo de apoyo adquiere especial importancia con aquellos estudiantes que vienen de sectores más vulnerables, porque en ocasiones

ocurre que no llegan con las destrezas académicas necesarias para subsistir por si mismos en un ambiente exigente como el de esta universidad.

Obviamente el fomento de un modo de vida coherente, antes mencionado, respeta con delicadeza la libertad de cada uno. Parafraseando a Pablo VI, sabemos que la verdad revelada no se puede imponer, sino que tiene que proponerse y ser acogida libremente². En nuestra Universidad caben personas de todas las religiones. Nunca existirá ni la más mínima coacción en este sentido porque el amor a la libertad es un elemento esencial de nuestra identidad.

El tercer eje propuesto por la misión es el deseo de trabajar bien y de servir a los demás con ese trabajo. Ciertamente, los estándares de calidad de nuestro trabajo académico y administrativo han ido mejorando con los años, pero cometeríamos un error muy grave si cayéramos en la autocomplacencia. Hay mucho que mejorar en todos los ámbitos; hay mucha gente que trabaja mejor que nosotros. Un aspecto concreto al que hay que poner especial atención es la necesidad de hacer compatible eficiencia y cordialidad. El trabajo bien hecho implica amabilidad y espíritu de servicio. Es completamente ajeno a nuestra cultura maltratar a un colega de cualquier forma. A veces hay que exigir y tomar decisiones difíciles, pero siempre hay que hacerlo con el máximo respeto. Esa seguridad de que tenemos las espaldas bien cuidadas, de que todos trabajarán con lealtad, hará que la Universidad de los Andes sea verdaderamente un gran lugar para trabajar, y eso necesariamente repercutirá en la calidad de la docencia y de la investigación.

En suma, es mucho lo que se ha avanzado en el período que recién termina, por lo cual debemos, en primer lugar, dar muchas gracias a Dios, y luego al Rector Orlando Poblete y a su equipo de colaboradores. Los desafíos de los años que vienen son también muy grandes, pero estamos bien preparados para enfrentarlos, porque contamos con un grupo de personas de gran categoría humana e intelectual, que están profundamente comprometidos

² cfr. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, Ciudad del Vaticano, 1975.



con la misión que se propuso la Universidad de los Andes al nacer hace ya 25 años.

Termino con un correo que un profesor me mandó ayer y que me hizo la tarde. Es una forma muy elocuente de ilustrar los desafíos que se vendrán. Se titula “Te toca ir por más”.

“Las vísperas superan todo temple y toda preparación. Por claras que estén las metas y por amplio que sea el apoyo, la incertidumbre de una gran tarea se ve como una larga carretera, que se pierde en un horizonte tan lejano que no delata luces ni sombras. Pero lo que es seguro, es que se trata de una tarea bonita, que sirve a muchas personas y cuyos resultados perduran más allá de nuestro tiempo. Además, lo más importante: así lo ha querido Nuestro Señor. ¡Que te vaya muy bien! ¡Que la inmensidad de los problemas no te amilanen! ¡Que mucha cultura crezca desde San Carlos de Apoquindo para extenderse a lo largo y ancho de nuestro Chile! ¡Y que a nuestras aulas, jardines y cafeterías, llegue, cada vez más genuina, la gran mezcla que tiene nuestra juventud!”.

Muchas gracias.